





LA FAMILIA  
JOHNSON-BROWN



Gina Laline

LA FAMILIA  
JOHNSON-BROWN



Primera edición: julio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Gina Laline

ISBN: 978-84-17961-18-3

ISBN digital: 978-84-17961-19-0

Depósito legal: M-23483-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi madre, por acompañarme desde la primera palabra.*

*A mi hermano y a mi padre,  
por su lucha contra la paciencia y el tiempo.*

*To my James, because you believed in this  
before I did, this is yours.*





Allí donde está el dolor  
está también lo que lo salva.

FRIEDRICH HÖLDERLIN



## ANASTASIA

—Anastasia Johnson-Brown, con matrícula de honor en Artes, es nuestra siguiente alumna graduada. Por favor, suba a recoger su diploma —el director Jeremías Williams, al que nunca había visto en persona, me llama por mi nombre. De camino al escenario del teatro, que hoy utilizan para la graduación, oigo cómo los cientos de padres orgullosos de sus hijos aplauden. Todos aplauden, pero en realidad mamá y papá son los únicos que aplauden por mí. Puedo ver los ojos de mamá, casi en lágrimas, y a papá, tan tranquilo y desafiante como siempre. Mamá se ha puesto sus pendientes favoritos, largos, plateados y brillantes: pesan. Habrá pasado todo el día en la peluquería; también la han maquillado, aunque sin poder disimular la edad, sin poder disimular que su aspecto ha envejecido desde la última vez que estuvo sentada en este teatro para la presentación de los años escolares que venían por delante, hace exactamente cuatro años. Lleva un vestido corto, azul marino, de terciopelo, manga larga y cuello alto, además de unas botas negras. Va bastante abrigada por ser verano, pero así es ella, tan pequeñita, siempre con frío. Papá lleva su camisa de rayas azul marino, su corbata a conjunto y su chaqueta americana; le pesan los ojos, está cansado. Pienso en lo guapos que son juntos y en lo elegantes que van. Entonces sonrío para mí misma; seguro que mamá ha planeado ir vestida con los mismos colores que papá. El hecho de que vayan a conjunto no es casualidad: en mi casa nunca nada sucede por casualidad.

Eric O'Connor está sentado en la primera fila y, cuando me ve, guiña el ojo, dando por supuesto que esta noche después de

la celebración pegaremos un polvo en los baños del gimnasio, cerraremos la puerta con uno de los aros que utilizan para la clase de gimnasia rítmica, me empotraré contra la mesa del profesor y tardará exactamente nueve minutos en correrse. Me dará una palmada en el cachete y saldrá por la puerta más seguro de sí mismo de lo que ha entrado, exactamente igual que las 23 veces que nos hemos acostado en estos cuatro años de instituto. Nunca hemos intercambiado ni una palabra, ni el teléfono. Nada. Si Robert se enterara tiraría la reputación de Eric por la borda; y al pobre Eric le ha costado mucho posicionarse entre uno de los líderes del instituto. Así que, aparte de follarse a la novia de su *aparente* mejor amigo, no haría nada para poner en juego su nivel social. No sé por qué me acuesto con él, no es mi tipo: pelirrojo, ojos grandes y oscuros, muy delgado y muy blanquito, tiene algunas pecas en la espalda, particularmente una en el cuello que me molesta mucho. Si fuese su madre le arrancaría el pelo que sale de la peca.

Tampoco es carismático, no me parece atractivo; es más bien pastoso e inseguro. Eric no me pone, no tiene nada. Es la sensación de poder olvidar. Mi rutina morbosa. Como los que se quejan de un presidente al que luego acaban votando.

Y entonces allí está él, mi Robert, el hombre más guapo. Entra por la puerta y hoy está espectacularmente sexy, sus ojos verdes me penetran y con sus carnosos labios me envía un *te quiero*. Todas las mujeres de la sala, jóvenes, mayores, solteras, casadas, divorciadas y viudas, desean que Robert las desnude esta noche.

El Sr. Williams me entrega el diploma, la banda y lo que imagino es un montón de papeles informativos sobre cómo enfrentarme al futuro ahora que parece que mi juventud ya es mi pasado.

—Por favor, démosle un aplauso muy especial a nuestra querida alumna Anastasia J. Brown por cumplir su objetivo y entrar en Columbia. En nombre de todos los profesores y en especial el mío, te damos la más sincera enhorabuena y nos llena de orgullo y de honor poder decir que una de nuestras graduadas irá a Columbia

—el Sr. Williams me da un abrazo que es bastante incómodo. Odio que me abracen, en especial desconocidos.

Cuando acaba la ceremonia nos llevan a la sala de atrás, que horteramente han montado con canapés y cubertería que seguramente el colegio o el Sr. Williams no se pueden permitir. Luz fría, amarilla y pastosa, todo el mundo parece pasársela bien. El rosa casi fucsia del ponche demuestra lo barato que es.

—Cielo, estamos tan contentos, ¡tan orgullosos! La tía Maggie ya ha empezado a prepararlo todo. Te está organizando una fiesta de bienvenida con todo el cotarro neoyorquino para que empieces a entablar amistades, ¿no es genial? —miro a mi madre y sonrío, afirmo con la cabeza.

—Bueno —dice mi padre—, que no te distraigan de la arquitectura. Ellos no te darán de comer —papá me da un beso en la cabeza y, con las llaves del coche en la mano, mamá y él salen por la puerta. No hace falta que les pregunte por qué no se quedan: he visto la mirada de desaprobación que mi padre ha puesto al ver los canapés.

Robert se acerca a mí. Lleva el tejano desgastado que tanto me gusta, la camisa blanca de lino que le marca un irresistible brazo, una americana negra y un ramo de flores. Mierda, me entristece. Hace unos años, cuando nos conocimos, él era el único capaz de hacerme temblar las piernas con solo mirarme; sin embargo, ya no me tiemblan, ni siquiera me parecen bonitas las flores que lleva.

—Estás preciosa, niña. Salgamos de aquí. Tengo que hablar contigo —me lo susurra al oído, siento su mano pesada en mi cintura, me aprieta el vestido, lo que puede significar dos cosas: sexo o hablar sin llegar a nada sobre lo que vamos a hacer ahora que él se queda aquí y yo me voy a Nueva York.

En cualquier caso, no me apetece ninguna de las dos.

—Pero no puedo irme, todavía no he visto a las chicas y tengo que despedirme de un montón de gente que no volveré a ver —no puedo evitar ver cómo, mientras tanto, Eric O'Connor me está mirando desde el fondo de la sala, impaciente, intentando averiguar si hoy tendrá su despedida especial o no.

—Venga, niña —insiste Robert—, tú y yo sabemos que las chicas no te importan. Hoy es tu liberación, ¡tu gran día! No tendrás que volver a ver a ninguna de las personas que hoy están aquí nunca más. ¡Se acabó el fingir! Venga, vayámonos. Además, les encantará, y tú lo sabes. Mañana todos dirán: «Anastasia se fue sin despedirse ayer...», y por fin todos tendrán un motivo para odiarte. Corre conmigo, niña —y me coge fuerte, muy muy fuerte.

Robert me hace reír. Lo conocí hace exactamente cuatro años, cuando empecé aquí el instituto. Nunca ha sido amor como el que sentí aquella vez; no he sabido quererlo. Quise enamorarme, y logré sentir mariposas de vez en cuando.

Al principio lo pasé muy bien con él, tengo que admitirlo; luego empecé a fingir que lo pasaba bien. Robert es un chico muy sencillo, no tiene ambiciones y no aspira a nada. Ahora que ha acabado el instituto empezará en el negocio familiar. Su padre tiene una empresa de huevos (son los huevos más famosos de la zona). A veces Robert me cuenta entusiasmado cómo los periódicos van a la granja de su padre a hacerles entrevistas para los números especiales sobre productos locales de calidad. Y esto lo hace feliz.

Los domingos va a misa, los martes juega al fútbol y los jueves por la tarde da clases de natación a niños.

Y esto lo hace feliz.

Nunca hemos hablado de amor profundamente. Él empezó a decir que *me quería* un día y yo me limito a decirle que yo también *lo quiero*, sin decir la palabra *querer*. Un *yo también* le basta. Pero no hay planes de futuro, no hay sueños compartidos. Imagino que, en el fondo, él siempre ha sabido que yo acabaría en Nueva York, donde pertenezco, donde soy quien quiero ser. Supongo que él entiende que mi familia acabó en este pueblo por el escándalo social que sufrió la empresa de mi padre y que no teníamos otro remedio que escondernos aquí, aunque a veces pienso que el socio de papá podría habernos enviado a un sitio mejor.

—Allí nadie os reconocerá y os dejarán tranquilos, podréis empezar de cero y Anastasia podrá llegar lejos sin que se lo impidan

—recuerdo cuando Alex, el socio, hablaba con papá las últimas noches en Los Ángeles.

Papá me pidió que me adaptase y que tuviese paciencia, mamá lloraba y lloraba, así que en realidad Robert fue lo mejor que me podía haber pasado desde que llegamos aquí. Creo que tanto Robert como yo sabemos que lo mejor para él es enamorarse de alguien que no sea yo, empezar de cero, olvidarse de que una vez existimos. Una chica que lo acompañe a misa y lo haga feliz le tendrá la cena preparada. Tendrán un montón de niños y de perros. Pasarán todo el año preparando sus disfraces para Halloween, Navidad y Acción de Gracias. Harán el amor suavemente y despacito dos veces por semana. Y, una que otra vez, cuando él cobre paga extra, irán de compras por la ciudad.

—¡Venga, niña, vamos! —aterrizo, de nuevo—. ¡Tengo una sorpresa para ti!





## CLAIRE

Esta mañana, cuando me he despertado, Patrick no estaba en la cama ni en el baño. Ni en el salón, cocina o jardín. Tampoco estaba el coche. Y entonces he llorado, otra vez, durante mucho rato. Me he puesto el albornoz de seda que compré en California y he bajado a desayunar, sintiendo cómo me arden las mejillas de angustia.

El suelo está frío y, de repente, la casa está muy vacía.

Pongo la cafetera en marcha, hago la lista de lo que falta en la nevera, vacío el lavaplatos, pongo agua en las margaritas que tengo en la ventana de la cocina, antes de que se marchiten como siempre. Me encanta tomar el café mientras leo las noticias en Internet.

*Hoy, Natashcka Campusch, la niña austriaca que desapareció de camino al colegio una mañana de verano hace ocho años, cumplirá 18 años de edad. Sus padres y su abuela dicen que todavía no han perdido la esperanza, que saben que su pequeño ángel no ha muerto. La abuela de Natashcka, Verosnicka, nos ha contado cómo cada año le compra un jersey a su nieta, para cuando aparezca por la puerta. Desde aquí, Natashcka, te cantamos el «cumpleaños feliz», estés donde estés.*

Se me ponen los pelos de punta. No puedo ni imaginarme cómo debe sentirse esa pobre familia; pero si desapareció hace ocho y hoy cumplirá 18, quiere decir que tenía diez. ¿Qué padres en su sano juicio dejan ir sola al colegio a una niña tan pequeña? Sigo leyendo las noticias. Nada más. Puedo sentir cómo sigo algo cansada; las pastillas para dormir que me recetó el doctor Seymour cada vez me afectan más. Me da la sensación de que un día no me

levantaré. Por un momento barajo la idea de todo lo que pasaría si un día no me levanto. Y la respuesta es fácil: nada.

Suena el teléfono. Es Patrick. Por un momento decido no contestar, pero entonces seguiré agonizando hasta no hablar con él. Por un instante decido ser brusca y enfadarme, pero entonces, de repente, decido perdonarlo.

—Hola, Patrick, cariño —intento sonar lo más tranquila posible, como si no me hubiese dado cuenta de que no ha pasado la noche en casa.

—Hola, Claire, anoche llamé para avisarte... He tenido que pasar la noche en la oficina, pero no contestaste. Debías dormir... He tenido un poco de follón de última hora, y si venía hasta casa no descansaría; así que decidí quedarme aquí y terminar —qué bien miente, siempre ha sido un muy buen mentiroso. Yo sé que nunca tiene tanto trabajo como para tener que quedarse en la oficina, y también sé que no llamó. Si hubiese llamado no me hubiese tenido que tomar las putas pastillas.

—No te preocupes, mi vida, ¡debes estar muy cansado!

—Sí, la verdad es que sí que lo estoy. Ahora me encantaría uno de tus cremosos cafés que me preparas por las mañanas. Hmm-mm... —dice suavemente, y hace que se me ponga la piel de gallina. Y me olvido de la mentira. Pienso que soy una imbécil: él es el único que trabaja en esta familia. Y aquí estoy yo, su mujer desempleada, desconfiando de él.

—Bueno, mi amor, mañana es sábado. Podremos levantarnos tranquilamente, te haré el mejor café del mundo y... —no me deja acabar.

—Perfecto. Ahora tengo que dejarte. Nos vemos sobre las seis —y cuelga.

Entonces decido cambiarme, arreglarme y prepararle un buen café y llevárselo a la oficina, como solíamos hacer cuando nos conocimos, cuando no era yo sino él quien me traía el café a la oficina. Se convirtió en una especie de ritual, un ritual que duró demasiado poco.

Mientras espero a que el agua hierva subo a arreglarme. Decido ponerme la falda negra ajustada a la cintura y bastante corta con la blusa blanca, el pelo recogido pero despeinado, como si me acabase de levantar, las perlas de mi madre y mi collar dorado de Tiffany, ese que Patrick me regaló en nuestro primer aniversario de casados, cuando me llevó al sur de Francia, bebimos champán por la mañana, cenamos caviar por las noches y pasamos diez maravillosos días envueltos en sábanas blancas y cielos azules. Hacíamos el amor, teníamos planes y sueños. ¿Dónde se han ido todos aquellos momentos de felicidad e insensatez? ¿Dónde se ha ido mi seguridad, el sentimiento de seguridad al mirar los ojos azules densos de mi marido y tener la certeza de que yo soy la única mujer en su vida? ¿Dónde se han ido las llamadas que acababan con un *te quiero*? O las llamadas que solamente utilizábamos para escuchar la voz del otro. Las llamadas sin motivos. Las mañanas sin prisas. Las noches sin cansancio. Pero todas estas cosas no puedo decírselas a Patrick. Me odiaría. Dice que no hay nada menos sexy que una mujer frágil.

Solía decirme lo diferente que soy (o era) a las demás porque no lo necesito (o no lo necesitaba) ni a él ni a nadie. Yo era fuerte, él me hizo débil. Empezó a dejar de tocarme por las noches, empezó a irse muy temprano a la cama y a salir corriendo de ella. Dejamos de comunicarnos. Dejamos de compartir momentos que solamente eran nuestros. Y un día empezó a decirme cuánto he cambiado, la falta de ilusión que tengo en las cosas. Oh, Patrick, mi amor, tú eres quien ha perdido la ilusión. Sobre todo la ilusión que sentías por mí.

Mi madre sospechaba algo, algo que no me dijo hasta el día que murió:

—Cómo duele no estar bien y pretender estarlo, ¿verdad, hija? Pero, créeme, está bien no estar bien.

Y murió. Ella nunca había querido a Patrick. Decía que su arrogancia le ponía los pelos de punta y que si mi padre estuviese vivo este hombre jamás hubiese entrado en casa. Decía que ojalá ella

fuese igual de fuerte y me hubiese prohibido una vida con él. Afirmaba que a Patrick le importaba más el dinero que yo. Y yo, al principio, no lo entendía, y dejé de hablar con mi madre por muchos años, por culpa de tantas peleas. Primero fueron unos días que se alargaron a semanas y a Navidades sin ella. Y pasaron los años dolorosamente. Hasta que lo entendí todo, pero lo entendí cuando ya era demasiado tarde.

Escojo los tacones de aguja negros. Por un momento pienso que, si Patrick ha pasado la noche con otra mujer, cuando me vea entrar por la puerta se arrepentirá de haber tocado otras piernas.

¿ Pero cuántas? ¿Cuántas piernas ha tocado mi Patrick? Me pinto los labios de color carmín, me sonrío al espejo, respiro hondo, paso por la cocina y cierro la casa olorosa a café.

La oficina no está lejos, debe de estar a unos diez minutos conduciendo, pero se me hace eterno. Conducir en Los Ángeles me encantaba, lo adoraba, y siempre disfrutaba los atascos o los segundos en los rojos del semáforo. Cada día había algo distinto, estaba lleno de vida, podía conducir durante horas y no me importaba; sin embargo, aquí, diez minutos son una eternidad. Siempre el mismo camino de tierra vacío hasta la primera intersección donde hay un semáforo que tarda cuatro minutos en ponerse en verde.

Giro a la derecha, veo la cafetería de siempre, el supermercado de siempre, la gasolinera de siempre, la gente de siempre. Y todos me miran. Siempre. Algunos me miran con lástima, otros con inseguridad, otros sin interés. Pero no me sonríen: desde que llegamos no tengo ninguna amiga.

Suzanne, la vecina, lo intenta, lo intenta de verdad, nos invita a los cumpleaños de sus hijos, a los que nunca vamos. A veces pasa a tomar el té asegurándose primero de que Patrick todavía no ha llegado. Creo que intuye que Patrick no la aguanta. A mí, la verdad, me cae bien. Incluso, a veces tengo envidia de ella. Tan sencilla, tan volátil. Suzanne es feliz, ama a su marido, sus hijos son felices, les gusta ir de acampada y hacer barbacoas los domingos en verano. Para Navidad decoran el jardín con millones de luces de colores

y cantan villancicos. Ella sabe cocinar bizcochos, pasteles, maderenas, incluso hace su propio pan. Admiro esto de las mujeres: yo jamás he sabido cocinar.

Cuando subo a la primera planta, la recepcionista de Patrick, Rose, me mira muy sorprendida, casi como sin creerse que soy yo quien acaba de entrar por la puerta. Se me congela el alma.

—Hola, Claire, qué sorpresa, ¡cuánto tiempo! ¿Qué te trae por aquí hoy? —y es ahí cuando lo sé. Patrick no está aquí, y seguramente tampoco lo estuvo ayer.

¿Patrick se ha ido dos días fuera con una mujer que no soy yo? ¿Dónde la ha llevado?

Patrick lleva las cuentas, siempre me dice que tenemos que atarnos el cinturón, que hay que ir con cuidado por Anastasia y Columbia. Jamás me da una tarjeta o un recibo bancario. Nada. Claro, ahora lo entiendo. Jamás lo había necesitado, siempre me deja dinero en la mesa de la cocina. ¿Dónde ha pasado la noche Patrick?

—Verás —intento sonar lo más creíble posible; se me encienden las mejillas—, Patrick me comentó que dejó aquí una carpeta en su despacho, y ya sabes, tiene cosas importantes y debería recogerla —respiro, no sé si ha colado; no quiero que la secretaria de Patrick crea por un momento que sé que mi marido ha pasado la noche en un hotel con otra mujer.

—¿Y se ha dado cuenta un mes después? De verdad, ¡este Patrick dónde tiene la cabeza! La verdad es que no sé de qué carpeta hablas, Claire. Se vació todo su despacho y nos aseguramos de que no quedase nada. Si no le habríamos llamado.

